

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, octubre 2 de 1870.

Núm. 157.

SUMARIO.

Lectura de novelas.—Poetas contemporáneos alemanes, continuación.—El consuelo de los que sufren, continuación.—Los jesuitas i sus detractores, continuación.—Poesías.

LECTURA DE NOVELAS.

I.

Se refiere de un hombre de jenio que al entregar a su hija en matrimonio dió de ella la siguiente lacónica i curiosa recomendacion «Os entrego a mi hija: es inteligente, virtuosa i no ha leído nunca una novela.»

En nuestro tiempo, podría decirse igual cosa de muchas de nuestras jóvenes desposadas?

I sobre todo encierran semejantes palabras una recomendacion, un elogio, una cualidad como la inteligencia i la virtud? En otros términos el haber leído novelas es un bien o es un mal?

Hé aquí una pregunta que oímos cada día i que a menudo hemos resuelto en el acto, sobre tabla, sin darnos el trabajo de hacer profundas i detenidas meditaciones i que probablemente no hemos resuelto siempre de la misma manera.

Nosotros nos proponemos, al escribir estas líneas, ya que no resolverla, aducir algunas consideraciones para que otros lo hagan i manifestar, con arreglo a nuestros principios religiosos i literarios, cual es nuestro modo de pensar en este asunto.

II.

Entre las facultades intelectuales de nuestra alma, ocupa un lugar mui preferente de la imaginacion i la inteligencia; la imaginacion esa loca de la casa como tan pintorescamente le ha llamado un filósofo;

la inteligencia, esa chispa, ese destello de la luz divina; la imaginacion que vive de lo poético, de lo maravilloso, de lo extraordinario, que ama a veces hasta lo absurdo con tal que contra el axioma de Boileau, sea bello; la inteligencia que vive de la verdad, de lo que es, de la prosa i que gusta a veces hasta de lo mas seco i árido con tal que sea un hecho o un axioma.

Ambas facultades necesitan por consiguiente alimentos mui diversos. El que desea alimentar su imaginacion tiene que ir en pos de lo curioso, de lo raro, de lo brillante; el que desea alimentar su inteligencia tiene que ir precisamente por el camino opuesto, perseguir lo exacto, lo real.

Así se nota que es mui raro encontrar una persona que pase gustosa i facilmente de los estudios amenos a los serios, esto es, del alimento de la imaginacion al de la inteligencia.

Sucede con los alimentos del espíritu lo que acontece con los alimentos del cuerpo: hai unos que nutren, otros que gustan. Es mui fácil pasar de los primeros a los segundos; mui difícil pasar de éstos a aquéllos.

Después de la sopa, los dulces; nunca después de los dulces la sopa.

III.

De las producciones del espíritu humano que buscamos con mas avidez para saciar la ardiente sed de nuestra acalorada imaginacion, hai una que las resume i comprende todas, que se adapta admirablemente a todos los gustos, a todas las inclinaciones, a todos los temperamentos; que causa el arrobamiento de la infancia, las delicias de la juventud, el solaz de la vejez. No necesitamos decir que es la novela.

Novela segun los literatos, es la relacion de sucesos finjidos hecha con el objeto de agradar i divertir.

Si la novela fuera solamente lo que acabamos de decir, se comprende que no podríamos dar mas que una regla respecto de su

Afiló sus cantos a la par de su espada,
arrojando ámbos idénticos resplandores de
indignacion i de venganza. Ambos electri-
zaron las filas de sus compañeros de armas.
Sus poesias fueron despues un hurra gue-
rrero, feroz i amenazante. La cancion del
jóven montañés, con toda su hermesa rude-
za, arde con el fuego de este primer acceso
de fiebre nacional.

Soi pastor de la montaña:
Veo a mis piés en el valle
Los almenados castillos
De los soberbios magnates;
Así i con todo es a mí
A quien el sol desque nace
Sus dulces rayos envía
Antes que a los llanos bajen;
I al ocultarse i morir
Alla léjos en la tarde
Gozo aun yo sus rayos tibios
Cuando en sombra todo yace.
¡Que al hijo de la montaña
Nadie vence
Ni en palacio ni en cabaña!

Junto al peñazco me siento
De donde el torrente sale:
Su agua cristalina bebo.
Antes que el suelo la empañe:
Abajo brama i parece
Desaforado gigante;
Yo aquí al nacer lo sujeto
I hago de él lo que me place,
¡Que al hijo de la montaña
Nadie vence
En palacio ni en cabaña!

De la montaña soi dueño,
De ella los torrentes nacen
I entre las peñas mujiendo
Con furibundo coraje
De hirviente espuma cubiertos,
Mírolos, bajar al valle.
Ante su voz desaparece
El ruido de las ciudades;
Mas yo canto i a mí acento
No hai otro acento que iguale.
¡Que al hijo de la montaña
Nadie vence
En palacio ni en cabaña!

Estalla a mis piés el trueno
I los relámpagos arden,
I los rayos se desatan
I al llano rápido caen:

Yo con ellos soi amigo
I les grito al alejarse:
«Allá abajo está la choza
Donde se alberga mi padre:
¡Cuenta! amigos, no vayais
De su sueño a despertarles
¡Que al hijo de la montaña
Nadie vence
En palacio ni en cabaña!

I cuando el cañon resuena
En los collados i planes
I en la noche como estrellas
Por do quier fogatas arden,
Entónces bajo volando,
Pido plaza en las falanjes,
I contento i animoso
Sin miedo blando mi sable;
I al partir a la pelea
Suelto mi cancion al aire.
¡Que al hijo de la montaña
Nadie vence
En palacio ni en cabaña!

EL CONSUELO DE LOS QUE SUFREN.

Viendo ya todas las puertas cerradas,
agotado el último recurso, acusado talvez
como autor de la ruina de mi familia, es-
plotado por todo el mundo, abatido por la
desgracia, destruido por la enfermedad,
¿para qué vivir? Continuaré siempre arras-
trando en mi caída a las únicas personas
que me tienen afecto sincero?

Nó! Yo creí indispensable morir para
que ellas fueran felices i, tomada esta re-
solucion, escribi a mi padre la carta que
has leído.

Cuando la fatalidad ha descargado sobre
uno sus mas terribles golpes no queda otro
recurso que el suicidio.

—El suicidio, Ricardo, es el recurso de
los cobardes i de los hombres sin fé, i sin
conciencia.

Si abandonas para siempre a tu familia
te imaginas que vendrá un extraño a reem-
plazarte?

Tú crees que hai mucha firmeza, talvez
abnegacion en el partido que habias to-
mado i en él no hai otra cosa que una in-
justificable debilidad i un egoismo mas in-
justificable aun.

En pos de ti quedaba para tu madre i

tus hermanas el dolor i la miseria; pero eso ¿qué podia importarte cuando tú no lo veias?

—Talvez tienes razon: pero he sido tan desgraciado!...

—Tan desgraciado porque no has podido seguir con entera libertad tus inclinaciones, porque fuiste victima temprana de una mujer sin corazon que mas tarde habria sido tu eterno tormento, porque en vez del lujo i de la opulencia te has visto reducido a una decente mediania!...

Asi es el hombre. ¡Siempre mira al vecino de adelante, nunca al de atras. Tú te consideras mui desgraciado porque vez otros mas felices; pero no reflexionas en que hai muchos que, tan dignos como tú, buscarian tus penas para sus alegrías...

—Se puede ser mas desgraciado aun?

—Ah!... Quieres que ponga a tu vista dos seres que envidiarían tu fortuna?

—¿Quiénes? ¡por Dios!

—Ponte tu sombrero i acompáñame.

Cárlos pronunció estas palabras con una espresion tan convencida que nadie habria dudado que cumpliria su promesa.

Ricardo tomó en efecto su sombrero i ámbos salieron en direccion al poniente.

La lluvia caia siempre con fuerza i un viento norte helado i penetrante hacia tiritar de frio a los dos jóvenes que a esas altas horas de la noche se atrevian a desafiar la tempestad.

—Que noche por Dios! exclamó Ricardo

—Imponente, en verdad, replicó Cárlos, para los que, como nosotros, la contemplan protejidos contra la lluvia i contra el frio; pero terrible para aquellos infelices que no tienen un hogar donde albergarse ni lumbre para calentar sus miembros entumecidos.

—Talvez en su pobreza ellos son mas felices que nosotros.

—Felices! Crees tú que ése pobre policial por ejemplo que tiritaba en aquella esquina, se ve obligado a velar toda la noche mientras tú i yo dormimos, que recibe indefenso la lluvia mas copiosa al paso que nosotros calzamos nuestras cómodas bótas i nos resguardamos con nuestros ricos paraguas, que come mal i viste peor, sea mas dichoso que tú?

—Quién sabel murmuró Ricardo

I continuaron su marcha hasta detenerse frente al pajizo rancho de donde ha visto el lector salir a Cárlos algun tiempo ántes.

El joven empujó suavemente la puerta débil de aquella vivienda i entró seguido de Ricardo

Una luz pálida alumbraba la humilde morada. Con esa claridad podia distinguir apénas en uno de los rincones, una mujer tendida sobre una especie de jergon hecho pedazos. Junto a ella se veian dos creaturas de 4 a 5 años de edad acostadas sobre un lecho igual. El único cobertor que abrigaba a esos infelices era un largo poncho viejo i raído.

Fuera de lo que hemos enumerado, no habia en aquel rancho absolutamente nada.

Los niños parecian dormir. En cuanto a la mujer, se habia incorporado al ver entrar a nuestros jóvenes.

—¡Ah! ¿Es Ud., señor? exclamó dirijiéndose a Cárlos.

—Yo, buena mujer, respondió éste. He querido venir con este amigo que, interesado por su suerte me manifestó deseos de conocer su habitacion.

—Gracias, señor, muchas gracias, mi habitacion solo puede inspirar repugnancia. Se necesita ser demasiado caritativo para llegar hasta aquí. ¡Oh tú, Dios mio, que no abandonas jamas ni a la mas humilde de tus creaturas, bendito seas!

Ricardo estaba conmovido, inmóvil ante aquel espectáculo doloroso i miserable i no podia reconocer, sin humillarse, que aquella mujer, en medio de la espantosa miseria que le rodeaba, tenia una alma mas grande que la suya.

Resignada ante la suerte, daba gracias a Dios que le habia enviado a los jóvenes que tenia delante como un consuelo i una esperanza de su dolor.

—I ¿ha podido conciliar el sueño desde que la dejé? preguntó Cárlos.

—He dormitado, señor, contestó ella. Hacia tres dias que no cerraba los ojos, la debilidad i el hambre me lo impedian; pero hoy me he sentido mas fuerte con esa buena taza de dieta que me trajo la señora que vino hoy a verme.

—¿I sus hijitos?

—Los pobrecitos duermen tranquilos. Han comido hoy lo suficiente. Ellos no tienen como yo el pensamiento cruel de su mañana tan triste como hoy, ni tienen tampoco la responsabilidad que pesa sobre mí. Conocen el hambre i el frio; pero no conocen el dolor que debilita mas que el hambre i que entumece mas que el frio.—I en

medio de su miseria ¿no ha dudado Ud. alguna vez de Dios? exclamó Carlos fijando al propio tiempo una mirada significativa a su amigo que, silencioso i meditabundo, no habia quitado la vista de aquella mujer.

—¿Dudar de Dios! señor, contestó ésta llena de asombro. ¿I es posible que Ud. me haya creído capaz de dudar de él?

—Cuando uno ha sufrido tanto!... murmuró Ricardo, como hablando consigo mismo.

—Señor, nosotros los desheredados de la fortuna, los que vivimos de la caridad de nuestros semejantes, los que comemos el pan de la limosna tenemos siempre fija nuestra esperanza en Dios.

El es nuestro único amparo, nuestro único consuelo; él no nos abandona jamas.

Cuando todas las puertas se cierran, nos abre sus brazos, nos muestra la recompensa destinada a los que sufren, a los que lloran i alientan nuestra fé i remueve nuestra esperanza. Oh! Dudar de ti, Dios mio, cuando eres nuestro padre, nuestro bienhechor ¡Imposible, imposible!

—Sí! Sí! Es verdad! exclamó Ricardo como queriendo hacer olvidar sus anteriores palabras.

—Procure Ud. conciliar el sueño, dijo Carlos dirijiéndose a la mujer. Nosotros vendremos mañana a saber cómo se encuentra.

—¿I bien? preguntó Ricardo al oido de su compañero, ¿no le dejamos algun dinero a esta infeliz?

—Nuestro dinero le seria inútil, respondió Carlos, porque ella no puede servirse de él. Mañana le traeremos un médico, una cama i todo aquello que necesita i ademas vendrá una mujer a asistirle.

I volviéndose a la enferma agregó:

—Con que, ¿hasta mañana!

—¡Dios los bendiga, señor! exclamó ésta con voz conmovida.

Apénas hubieron abandonado aquella miserable habitacion, Ricardo preguntó a su compañero quien era aquella mujer i donde habia aprendido a practicar la caridad de una manera tan desconocida para él.

—Esa mujer, respondió Carlos, tuvo en otro tiempo alguna comodidad. Fué esposa de un honrado carpintero cuya intelijencia i laboriosidad le permitian hacer frente a todas sus necesidades.

Hace tres años que enviudó i parece que las desgracias i las enfermedades la han reducido a este lamentable estado.

Una señora caritativa, cuya casa visito con alguna frecuencia, pasó esta mañana por aquí i el mayorcito de esos dos niños que viste ahora durmiendo tranquilamente se acercó a ella pidiéndole un pedazo de pan.

—Señorita, le decia, yo quiero un pedazo de pan bien grande porque mi hermanito i mi mamita tienen hambre tambien i no han comido nada.

Conmovida la señora por la bondad i la inocencia que revelaban estas palabras le preguntó donde vivia su madre.

—Aquí, aquí, señora contestó el niño indicándole la habitacion.

Ella entró, pudo cerciorarse del estado de esta infeliz. Esta noche estuve yo en su casa i me refirió lo acontecido, haciéndome concebir deseos vehementes de conocer a esta pobre mujer i poder serle útil en algo.

Así fué que tan luego como me despedí de la señora, es decir a las doce de la noche mas o ménos, me diriji á este rancho cuyo aspecto i cuyo interior sobre todo solo inspiran compasion i tristeza.

Ahora comprenderás por qué al oírte llamar el ser mas desgraciado del mundo, yo que acababa de salir de aquí, no pude ménos que traerte a este recinto para que hicieras por tí mismo la comparacion entre desgracia i desgracia.

¿Quieres saber ya donde he aprendido a practicar la caridad? En el Evangelio i en el dolor, amigo mio. Esta es la caridad que nos enseña el Evangelio; éste es el amor al prójimo que nos ordena.

¿Crees tú que uno ha cumplido su mision dando algunas limosnas o lamentando simplemente la suerte de los pobres? No, Ricardo! Es menester descender hasta ellos, unificarse con ellos, llorar con ellos. Es preciso visitar al enfermo en su lecho de dolor, enseñarle a amar cuando duda, a orar cuando blasfema, a tener fé cuando vacila. Jesucristo fué pobre, Jesucristo bendijo la pobreza. Nosotros, como él, debemos bendecirla i aliviarla. La caridad practicada de esta manera es el único consuelo de esta vida. Ella es la que corrige nuestros defectos, depura nuestra alma, domina nuestras pasiones. En presencia del dolor nadie tiene vanidad ni envidia,

Siendo caritativo, como el Hijo de Dios nos ha enseñado, nadie puede ser escéptico ni criminal.

—Pero yo no había pensado jamás en esta verdad....!

—I sin embargo es el dolor el que nos hace pensar en ella.

—Oh! Enseñame a llegar a un resultado tan hermoso i acaso tan consolador!

—Tú me has contado esta misma noche la historia de tu vida. Yo voi a hacer lo propio: voi a contarte la mía aun cuando es una historia que no quisiera recordar i que jamás ha salido*de mis labios.

Continuaron silenciosos su camino. Ricardo pensando probablemente en la triste condición de muchos en el mundo; Cárlos recordando talvez los sucesos de su vida que a nadie hasta entónces había referido i que esa noche, en medio de la tempestad del cielo, iba a referir para consolar a un desgraciado i dar un consejo a un amigo.

Cuando llegaron a la habitación del primero, que ya conocemos, en el Hotel de Europa.

—Voi a cumplirte mi promesa, dijo Cárlos.

—Será una prueba de amistad que no olvidaré nunca! replicó Ricardo.

—Tenia yo veintidos años, comenzó el jóven, cuando una tarde de diciembre ví en la Alameda una niña que no parecia contar mas de diez i seis. No sé que secreta simpatía me ligó a esa jóven; pero recuerdo perfectamente que todas las veces que pasé a su lado, mis ojos se encontraron con los suyos. Era una de esas creaturas que llaman la atención desde la primera vez que se las vé.

Blanca como la castidad, lijaramente sonrosada como el pudor, tenia un cútis fino, suave, limpio como su alma. Sus ojos azules velados por las mas hermosas pestañas respiraban inocencia i virtud. Su mirada era tan pura, tan dulce, tan anjelical que elevaba hasta el trono del Señor. Siempre he creído que los ángeles deben mirar como miraba Elena. Largas i abundantes cadenas de cabellos de oro ocultaban la belleza artística de su torneado cuello. Su sonrisa era tan encantadora, tan poética, tan sublime que muchas veces cuando ella abría sus labios purísimos para sonreír me imaginaba que se abrían las puertas del Eden....

Dispensa, amigo mio, que me complazea haciéndote el retrato de Elena. Está grabado de tal modo en mi corazon que no puedo olvidarlo un solo instante. Yo nunca he comprendido cómo era posible verla sin sentir hácia ella una pasión irresistible, una especie de culto. Muchas veces al contemplarla traía a mi memoria este bello pensamiento:

Si la fé no me enseñara
Que eres solo creatura
Con una fé ardiente i pura
Como a diosa te adorara.

Indagué donde vivía ese ánjel de belleza i de bondad i supe que su casa estaba en la Alameda. Todos los días pasaba por frente a ella i la veía en la ventana o en la puerta.

Al poco tiempo, se estableció entre Elena i yo una especie de amistad. Yo la saludaba al pasar i ella contestaba con cierta amabilidad mi respetuoso saludo.

En el mes de marzo me hice presentar en su casa. Las ilusiones que respecto de ella me había yo formado eran muy inferiores á la realidad. Elena era tan intelijente, tan anjelical, tan pura como solo lo sabe Dios en el cielo i yo en la tierra.

A veces he creído que para ella había sido escrita aquella linda estrofa de Campoamor:

Que razon tiene mi amor
Cuando mil veces te jura
Que, aunque grande, es tu hermosura
De tus gracias la menor.

Nuestros corazones se comprendieron facilmente. Yo la amaba con todo el entusiasmo de la juventud, con toda la efusion de mi alma; la amaba como se ama una sola vez en la vida i era correspondido con un amor igual. El mundo me parecia un Eden i no encontraba nadie cuya felicidad pudiera compararse a la mia, como no encontraba tampoco creatura alguna comparable a Elena.

En nuestras conversaciones ella me manifestaba a menudo cierto vago temor por el porvenir.

—Esto no puede durar mucho tiempo, me repetía, somos tan felices!...

—¿I por qué ha de concluir, Elena mia! le replicaba, cuando yo siento que mi amor crece por momentos i cuando estoi convencido de que tú no me has de olvidar nunca

i eso es todo lo que necesitamos para ser felices?

—Sí! Pero una felicidad como la nuestra no es propia de este mundo. El porvenir me asusta.

—Desecha esos tristes presentimientos, ángel mio, Dios que nos ha creado el uno para el otro i que, en su infinita bondad, debe complacerse al vernos juntos, no puede separarnos. El nos ha enviado al mundo para amarte i amarnos i no hacemos sino cumplir nuestra mision. El porvenir!... Nada hai mas bello, mas hermoso, mas embriagador. Lo veo estenso, magnífico, sembrado de rosas.

En medio de él estás tú fascinadora, atrayente, sublime. Los ángeles mismos nos envidian i Dios sonríe al vernos tan felices i amándonos con delirio.

Si la felicidad es el amor ¿quiénes la tendrán mas cumplida que nosotros?

—Oh! Es verdad!... Tus palabras me inspiran confianza. Me amas, i siendo amada por tí, no puedo temer nada. Tú nunca me olvidarás.

¿No es verdad que nunca me olvidarás amor mio?

—¿Olvidarte, Elena, cuando tú eres el alma de mi alma, la vida de mi vida, el ángel de mi esperanza! ¿Olvidarte yo que me siento morir cuando no respiro el aire que respiras; yo a quien fascina tu mirada, a quien enloquece tu sonrisa, a quien sublima tu amor! Ah! Nunca olvida el que ama con delirio, con ese amor inmenso con que yo sé amar. Yo te amaré siempre, yo te amaré eternamente porque tu amor, que es mi alma, es inmortal como ella.

—Gracias, gracias, Carlos. Tú me haces vivir en otro mundo, tú me haces comprender el cielo. Ah! Si tú pudieras leer en mi corazón verías cuánta gratitud i cuánto amor encierra para tí.

Estas dulces conversaciones concluían por tranquilizarla siempre i por aumentar cada vez mas nuestra pasión.

Una noche, a fines de noviembre, fuimos invitados a un paseo en una hermosa quinta de los alrededores de la ciudad.

Era una de esas noches de luna en que todo es amor i poesía.

Nos encontrábamos en un precioso bosquecillo al traves de cuyos árboles penetraban los rayos de la luna suave i apaciblemente i parecían contemplar con envidia el semblante angelical de Elena.

La brisa, despues de beber la esencia de las flores de un jardín cercano, venia a esparcir sus perfumes al rededor de nosotros, como una ofrenda en aras de nuestro amor.

Yo estaba a su lado, estático, embebido, delirante. Me parecia que la naturaleza entera contemplaba con ternura el espectáculo sublime de dos seres que no vivían sino para amarse.

—Qué noche tan hermosa, qué luna tan encantadora! exclamó ella con entusiasmo.

—Hermosísima, le contesté, pero no tanto como tú, Elena mia.

—¿Adulador! ¿Verdad es que me amas mucho Carlos?

—Bien sabes, ángel mio, que siento por tí un amor inmenso i ardiente... Oh! I en este instante mi mente te concibe tan poética, tan ideal, tan sublime como esas fantásticas, inimitables creaciones de los artistas. Apareces ante mis ojos como un ángel de amor i de ventura. Yo no te amo ahora: te adoro, te venero.

—Oh, Carlos! Si supieras cómo siento orgullo al pensar en tu amor! en ese amor que tú sabes pintar de un modo tan elocuente i que yo no sé mas que sentirlo; pero que tú debes comprender en cada una de mis palabras, en cada una de mis miradas. Oh! Amame siempre, Carlos, ámame siempre como me amas en este instante, como nadie en el mundo puede amar!...

—Sí! Te lo juro por tí, dueño mio! No hallarás un hombre que te ame como yo. Lo que tú me has inspirado es delirio, es frenesí, es idolatría. Te digo que te adoro porque esa es la palabra mas expresiva; pero está muy léjos de expresar lo que siento por tí... ¿Sucede en tí lo mismo? ¿Me amas como yo te amo? ¿Serás mia siempre?

—Sí, Carlos! Yo no podria olvidarte. Dios ha creado almas con idénticas ideas e idénticas aspiraciones i las nuestras son de esa especie, no lo dudes.

—Oh! Háblame siempre como ahora me hablas! Repíteme que me amas, que me amarás siempre. Acostumbrado a oír que la felicidad es un sueño, que las mujeres no aman u olvidan pronto, conociendo lo que valgo i lo que vales, a veces tengo dudas... dudas infundadas pero crueles, que me torturan i desesperan.

—¿Qué inmensa felicidad es amar i ser amada! Ser correspondida por tí, ser llamada tu ángel, tu bien, tu dueño! ¿hai

algo en el mundo superior a eso? puede la imaginación concebir algo semejante?... Parece un sueño; pero un sueño tan dulce, tan embriagador que ruego a Dios que nunca me haga despertar.

—Oh! si me exiges una contestación inmediata caeré de rodillas a tus pies i te diré que te idolátro, que te adoro, que..... I este lenguaje, el único que encuentro, talvez te parecerá exajerado o impropio. I realmente sería exajerado para otros i es impropio para mí que siento mas de lo que espreso. Los ángeles concebidos i adornados por la fantasía de los poetas son una sombra de lo que eres tú.

MARIANO EGAÑA.

(Continuará.)

LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

XIII.

«¿Qué decis, escribía Voltaire a d'Alembert, del rei de España que espulsa a los jesuitas tan bruscamente? Persuadido como yo de que para ello ha tenido mui buenas razones ¿no os parece que habria hecho bien diciéndolas i no encerrarlas en su real pecho? ¿No pensais que se debería permitir a los jesuitas justificarse, sobre todo cuando se debe estar seguro de que no lo pueden? En fin ¿no os parece que se podia hacer con mas razon una cosa tan razonable?»

Nuestros lectores comprenderán que lo que para Voltaire era mui razonable no lo sea para nosotros. El perseguía la extinción del catolicismo, i la espulsion de los jesuitas de la nacion mas católica de la Europa debia parecerle mui razonable, sobre todo cuando habia tenido en ello una buena parte.

El objeto con que hemos copiado las palabras anteriores no es otro que dejar comprobado anticipadamente con un testimonio irrecusable que la espulsion de los jesuitas de España fué decretada injustamente i bárbaramente ejecutada. No se dijo qué razones la habian aconsejado, no se permitió a los reos defenderse i probar su inocencia, i se puso, por último, tan es-

tremada crueldad en la ejecución de la sentencia, que parece que hubo empuño en superar los excesos de la China i del Japon.

Pero, vamos por partes. Veamos primero cuál fué el motivo real de la espulsion de los jesuitas de España, cuáles los pretextos que se alegaron, cómo se siguió el proceso que los condenó a esa pena i de qué manera se ejecutó la sentencia.

En España, como en los demas países que hemos recorrido hasta aquí, el único motivo verdadero de las persecuciones de que fué víctima la Compañía de Jesus, fué el odio al catolicismo de los que las prepararon i consiguieron al fin llevarlas a efecto.

Algunos lectores estarán tentados a creer que esto de atribuir a odio a la relijion católica todos los abusos cometidos con los jesuitas, es ya en nosotros una idea fija, algo como una especie de monomanía. Desgraciadamente, solo lo primero es lo cierto, i para desvanecer toda duda, vamos a apoyarnos en el testimonio de historiadores serios e imparciales.

El conde de Aranda ministro de Carlos III fué el alma i principal ejecutor del proyecto de espulsion. ¿Cuáles eran las ideas relijiosas de este estadista? Nos lo van a decir escritores anti-jesuitas.

Schlosser, protestante alemán, se espresa así:

«El conde de Aranda, habiendo abandonado sus empleos de España i héchose nombrar embajador en Paris, brilló durante diez i seis años en las sociedades de los filósofos» (1.)

«El conde de Aranda, dice el marques de Langle, queria grabar en el frontispicio de todos los templos i reunir en un mismo escudo los nombres de Lutero, Calvino, Guillermo Penn i Jesucristo. Quería además que se vendieran las ropas de los santos, las alhajas de las virjenes, los candeleros, los vasos sagrados, etc. e invertir su producido en puertos, posadas i caminos reales.» (2)

Hablando del mismo personaje dice Schoel:

«Ebrio con los incienso que los filósofos franceses quemaban en su altar, no veía

(1) *Historia de las revoluciones políticas i literarias del siglo XVIII.*

(2) *Viaje a España* citado por César Cantu.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV.

Santiago, octubre 9 de 1870.

Núm. 158.

CUARTO AÑO.

La Estrella de Chile llega hoy a su cuarto año, gracias a la decidida protección del público i gracias tambien al desinterés i la constancia con que sus jóvenes redactores le han consagrado sus talentos i su tiempo.

Al alcanzar a su cuarto año, *La Estrella de Chile*, periódico literario, que ha visto desaparecer en tres años algunas publicaciones de su clase, realiza algo que en Chile es verdaderamente un prodijio; prodijio que no puede ménos de producir una profunda satisfaccion en aquéllos que ven en nuestro periódico su obra i en todos los que se interesen por el progreso literario del país.

Tres grandes propósitos inspiraron la fundacion de *La Estrella de Chile*: i a esos propósitos cree haber correspondido constantemente. Un defensor valiente, franco, leal de la idea católica, pura i neta, tal cual la profesa el Papa, un órgano de publicidad para las producciones literarias de nuestros jóvenes i, por último, una lectura fácil, amena i moral para las familias: hé ahí lo que quisieron crear los fundadores de *La Estrella de Chile*; hé ahí lo que *La Estrella de Chile* ha sido i será siempre.

Atravesamos un tiempo en que está de moda la irreligion, que no se puede ser inteligente ni ilustrado sin ser ántes irreligioso. Menester era, pues, que la juventud sensata formase fila compacta bajo el estandarte de la fé, para defenderlo contra los que con malicia, por ignorancia o por moda la combatian i la combaten.

Corazones juveniles en cuyas fibras aun no ha filtrado la hiel del odio, los redactores de *La Estrella de Chile*, han amado su causa como se sabe amar a los veinte años; pero no han odiado a sus adversarios. Como la abeja, han producido espontánea i gustosamente la miel, no han usado sin pena del aguijon.

La fé católica no ha sido para ellos tan solo una enseña de combate, una conviccion; ha sido brújula infalible para navegar hácia el puerto de la verdad, fuente inagotable de ciencia, de poesia. No ha sido para ellos solo la causa que enciende en entusiasmo, sino tambien la belleza que inspira.

Han querido probar prácticamente que se engañan los que creen que el vuelo atrevido del ingenio, los arrebatos de la imaginacion i los caprichos del arte no se concilian con la sumision de la fé, con la moral severa, con la estabilidad i la unidad de las creencias. Por eso, no abandonarán jamas la bandera que han enarbolado, la idea católica.

La Estrella de Chile hija del entusiasmo de jóvenes, sostenida despues por los constantes esfuerzos de jóvenes, pertenece mui especialmente a la juventud. Por eso, ha acogido i acogerá siempre los trabajos literarios con que ella quiera honrar sus columnas, sin hacer la mezquina i odiosa distincion de bandos.

Como hasta aqui, *La Estrella de Chile* procurará ser la lectura de las familias. Quiere seguir siendo el solaz instructivo, sano i ameno en el seno del hogar.

En la política, será espectadora, observadora, no combatiente. Cuando surja una

lo moderno; un libro de Chateaubriand nos hace sentir en las primeras páginas, i sus hombres no hablan en vano porque su lenguaje es el de las pasiones i no el de las combinaciones en que se estendia mas el agrado que la verdad. René vagando en las florestas de la América sin ser ni un Dios ni un héroe, sin tener nada de grandeza, ántes, hastiado de todo i huyendo de cuanto es gloria i honor, es un ser que nos interesa con sus melancolias i con el vacío de su escepticismo mas que los guerreros portentosos de la fábula.

Así, pues, el amor no era fuente de poesia para los antiguos, ni sus misterios exaltaban su imaginacion, ni sentían su calor.

I, si se piensa en el cielo del paganismo, se hallará también que no se ponía en él ningún afecto benévolo. Los dioses no inspiraban tampoco amor; ellos no se habían apoderado de las creencias por sentimiento de afección hacia los hombres: éstos no podían ver en los seres sobrenaturales unos confidentes ni unos protectores amigos. Un filósofo ha dicho que los primeros dioses se hicieron adorar por el temor: *primo in orbe deos fecit timor*. A la verdad que el temor es lo único que no fuese posible olvidar tratándose de divinidades de las cuales no se conservaba mas recuerdo que las destrucciones o muertes que habían causado. Júpiter, el primero del Olimpo, nada había hecho jamás en beneficio del hombre; ántes al contrario, él fué quien encadenó a Prometeo por haber querido facilitara los mortales el fuego i los secretos de las artes. Era preciso pensar continuamente en aplacar a este dios a quien no se había visto sino con los rayos prontos a ser disparados; nadie pensó jamás en que sería bueno amarle. La fuerza i la fatalidad solo tenían altares.

De suerte que la invocación a Dios, ese arranque por el que el hombre parece elevarse sobre la desgracia, aun en los casos mas apurados, no existe propiamente en la literatura antigua, i la última esplicación de los sucesos i de los cambios de fortuna era una creencia terrible. Así lo quisieron los hados, así lo mandó el destino: estas eran las palabras llamadas a completar toda la filosofía de los acontecimientos. El desgraciado era abrumado así como en la tiniebla bajo un peso que un mano desconocida que

era imposible ablandar o maldecir había lanzado contra él.

Bajo la influencia de los principios cristianos la desgracia no es jamás el anonadamiento: siempre hai que esperar i aun en el instante en que el naufragio de la fortuna es completo se puede hablar de felicidad, porque la muerte no es ya la nada sino un cambio de existencia. Nuevos horizontes son éstos que ha dejado abiertos la luz de la nueva doctrina religiosa; campo vastísimo a la imaginación i al pensamiento. Inmenso precio dado a la palabra i al sentimiento: despues de la sombra de los hados i del acaso que todo lo gobernaban sin escuchar jamás ningún deseo, el cristianismo presentó la Providencia, no tanto como una gran fuerza, sino como un gran corazón abierto a cada instante a todas las peticiones i las súplicas. El hombre así no llega a ninguna situación en que sea inútil su voz i su deseo; es mas dueño de sí mismo; tiene, por lo mismo, mas entusiasmo i mas confianza; es mas lírico i mas audaz porque está escuchado por Dios i espera ser ayudado por él.

F. GONZALEZ E.

EL CONSUELO DE LOS QUE SUFREN.

(Continuacion.)

Esa noche pasó; pero los recuerdos dulcísimos no se borrarán jamás de mi memoria.

En medio de los sufrimientos horribles que me han venido despues, he invocado a menudo esos recuerdos para consolarme i en algo han podido mitigar mi pena.

Así pasaba yo la vida. Ni la mas lijera nubecilla oscurecía el porvenir dorado de mi existencia; ni el mas leve dolor enturbiaba mi felicidad. Yo amaba con entusiasmo i era amado de la misma manera ¿qué mas aspira un jóven de veintidos años? Pronto llegó el aniversario del día en que yo la conocí. Ese día que fué la aurora de mi felicidad era mui solemne i mui grato para mi corazón.

Pasamos la noche juntos, en su casa. Estaba ella mas hermosa que nunca.

A su belleza anjelical había añadido

aquella noche los atractivos de que sabe disponer siempre una niña bonita cuando quiere impresionar mas vivamente al joven a quien ama.

Oh! Recuerdo perfectamente como estaba vestida. Un traje blanquísimo como la nieve i lijeramente escotado, adornado con cintas azules realizaba su hermosura.

Prendida en su irreprochable i gracioso peinado tenia una hermosa camelia del mismo color que el vestido.

Al verla me pareció encontrarme frente a frente de una ilusion de amor revestida de la forma de una virjen.

Estuve largo rato contemplándola embobado, i sin atreverme a dirijirla la palabra.

—¿Qué tienes? me preguntó ella con una espresion indefinible de ternura.

—Tengo orgullo, la contesté, de ser amado por el ángel mas puro i mas bello de la tierra.

—Pues, mira, dijo ella con una coqueteria infantil, ahora estoi bonita como dices tú porque quiero grabar en tu memoria el recuerdo de este dia; quiero que no lo olvides nunca porque, agregé suspirando, quien sabe si no se repite muchas veces para mi este aniversario!...

Yo soi supersticioso i ademas Elena pronunció estas palabras con un aire de tristeza que me heló.

—Siempre tienes tú esos presentimientos, le repliqué. ¿No eres feliz ahora, Elena mia?

¿Por qué no gozar entónces del presente sin inquietarnos del porvenir? A mi me dice el corazon que seremos los seres mas dichosos de la tierra.

—Será una locura, si tú quieres; pero solo puedo tranquilizarme cuando te veo, cuando estás a mi lado, cuando me juras que tu amor será eterno como el mio. Ah! Carlos, te amo de una manera estraña i tus palabras me producen un efecto inesplorable.

—Es que esas palabras nacen de mi corazon, ángel mio, i llegan al tuyo fácilmente; es que tú sabes que te pertenezco mas que a mí mismo i que tu amor llena por completo mi existencia. Mira! Cuando pienso que no pasa un solo instante sin que un recuerdo tuyo me venga a acariciar, qué parece que hai un eco errante i dulcísimo que pronuncia sin cesar tu nombre en mis oídos, que mi alma vive intima-

mente unida a tu alma, he llegado a concebir el pensamiento impio de que a ti i no a Dios debo la vida, la vida que no podría comprender jamas sin las inefables delicias de tu amor.

—Yo sentia tambien en mi corazon una sed inestinguible de amor que tú solo has podido saciar, porque tú tienes un alma de poeta grande i noble como ninguna; porque tú realizas todas las dulces ilusiones de mi fantasia, porque a tu lado desaparece el mundo i se vive solo en la rejion de los espíritus.

Tal era su lenguaje, Ricardo, tal su amor!

Habia tanto fuego, tanta dulzura, tanta poesia en las palabras que salian de sus labios que yo la escuchaba estasiado, delirante, loco. No me atrevia a interrumpirla. Me veia pequeño, insignificante junto a ese ángel.

Poco despues se fué a sentar al piano i ejecutó admirablemente una composicion sobre temas de Julieta i Romeo. En seguida cantó con una voz de serafin un bello i tiernísimo romance frances.... ah! cuyas palabras suenan lúgubramente en mis oídos:

«Mes jours sont condamnés, je vais quitter la terre.
Il faut vous dire adieu sans espoir de retour...»

Yo, sentado allí a su lado, la oía con indecible placer. Sus notas llegaban a mi oído envueltas en una nube de ilusiones, de mil ideas vagas, inconexas, estrañas; impresiones desconocidas me agitaban; sentia ensancharse el corazon; una mezcla de melancolia i de ternura arrebataba el alma, un no sé qué indefinible me sumia en una especie de adormecimiento i de delirio; mi espíritu se elevaba hasta Dios i alzaba una plegaria por la felicidad de esa niña que tenia mucho de ideal i de sublime para mí.

Me sentia abrumado bajo el peso de tantas i tan variadas impresiones i me faltaba el aire para respirar. Lo que entónces sentia, lo que pensaba, la trasformacion que se efectuaba en mi alma era una cosa nueva para mí i que en vano trataria de pintar.

No habian pasado quince dias de este suceso, era el 7 de enero, cuando al despedirse ella de mí, en la noche, me dijo estas palabras que produjeron en mi ánimo una impresion dolorosa i estraña:

—No dejes de venir mañana: me siento triste i desearia verte para calmar mi afán.

Esa noche fué terrible para mi. El sueño huía de mis párpados, i los mas negros pensamientos se apoderaban de mi mente.

Mas temprano que de costumbre me diriji en la noche siguiente a casa de Elena. Elena no estaba en el salon!

Lleno de inquietud pregunté por ella i su madre me contestó que se habia sentido bastante mal i habia guardado cama.

En cualquiera otra circunstancia talvez habria tomado este accidente como una cosa pasajera: pero esa vez comprendi que solo una enfermedad grave podria haberla impedido recibirme.

Ella que sabia cuanto la amaba, que sabia tambien que, invitado especialmente para ir esa noche, su ausencia me habia sufrir demasiado, no se habria resignado a permanecer en cama sin un motivo mui poderoso.

El momento que allí estuve me pareció interminable. Abandoné mui pronto esa casa con el llanto en los ojos, el dolor en el corazon, la desesperacion en el alma.

En mi amargura, me pareció que no iba a volver a verla, que la noche anterior nos habiamos separado para siempre i que eso no era mas que el principio de una ausencia eterna.

Volví al dia siguiente. Elena continuaba enferma i su enfermedad comenzaba a inquietar a la familia.

Durante ocho dias fui recibiendo noticias cada vez mas alarmantes.

Renuncio a pintarte el estado de mi ánimo durante esos ocho dias de eterno dolor. Habia cambiado completamente. Yo no probaba alimento, ni dormia, ni hablaba; no sabia sino estar silencioso i triste.

El noveno dia, como a las dos de la tarde, encontré a su madre llorando.

—¿Qué ha sucedido por Dios? pregunté con una ansiedad horrible.

—Mi hija se muere! exclamó la señora.

—Se muere!.....repetí yo maquinalmente i cai desvanecido de dolor i desesperacion.

Ah! Yo no habia pensado nunca en que Elena podia morirse....

No sé cuanto tiempo permaneci en aquel estado.

Cuando volví en mí, todas las personas de la casa lloraban.

Acababa de salir el médico de cabecera i habia pronunciado esas terribles palabras que llenan de espanto:

—La ciencia nada puede contra su mal. Es tiempo de encomendar el alma a Dios!

Desesperado quise precipitarme a la habitacion de Elena; pero su madre bañada en lágrimas me decia.

—Si Ud. entra, la impresion agravará su enfermedad!

Yo me volvia loco. Mi cabeza ardia i un sudor frio bañaba todo mi cuerpo.

—Un confesor! un confesor! gritó la madre i yo sin saber lo que hacia, salí corriendo en direccion al colejo de jesuitas.

Entré como un desesperado i vi en uno de los ángulos del patio a un anciano venerable que leia su breviario.

—Señor, señor! le dije. Elena se muere i necesita un confesor.

La espresion de mi semblante debió ser mui extraordinaria porque sin preguntar mas, ese anciano salió conmigo tal como estaba i abrazándome con ternura,

—Tenga confianza en Dios, hijo mio, me contestó. El no abandona jamas a los que sufren.

—Esa jóven, me preguntó poco despues, no es parienta de Ud., ¿no es verdad?

—Ese ángel, le repliqué, es mi vida, es mi alma i se muere sin que yo le dé el último adios!....

—La verá Ud., hijo mio, agregó con un acento de dolor i de ternura; la verá Ud. aunque sea solo para darle ese último adios!

Inmediatamente que llegó se dirijió a la habitacion de Elena. La confesion de esta virjen fué mui corta. Mas que una confesion, debió ser una plegaria que su alma pura elevó a Dios.

Cuando el anciano salió de la habitacion, yo estaba ahí esperándolo, desatentado, demente, muerto.

—Señora, dijo dirijiéndose a la madre de Elena, en nombre de su hija que agoniza, yo le pido que permita a este jóven llegar hasta su presencia.

—Oh señor! exclamó ella, esa impresion puede....

—Será la última que reciba, replicó el sacerdote porque ya va a entregar su alma a Dios.

Yo me precipité sin esperar mas.

La señora quiso detenerme; pero el ministro del Señor la contuvo.

—Déjelo entrar, señora, agregó. Esas

dos almas puras recibirán al despedirse de este mundo la bendición de Dios....

Allí estaba Elena! Recostada en su lecho, pálida, desfigurada, triste, semejava la imájen de la melancolia.

Cuando me vió entrar, sus hermosos ojos, ya hundidos, parecieron animarse un tanto. Me dirijió una mirada, impregnada de amor i de ternura.

Yo cai arrodillado a sus piés, llorando como un niño. Tomé una de sus manos i la cubria de besos i de lágrimas. Sollozaba sin poder articular una palabra i la miraba mil veces como dudando de lo que veia.

—¿Por qué lloras? me interrogó ella con una voz entrecortada. Ese anciano me ha asegurado que nuestra separacion será mui corta, i que siendo nuestro amor tan puro, Dios que es el mejor de los padres, nos unirá pronto i para siempre allá en el cielo.

—Elena, Elena mia, le contesté pugnando inútilmente por sujetar mis lágrimas, ¿por qué me abandonas tan pronto? ¿por qué no quieres acompañarme mas tiempo?... Ah! si supieras cuanto he sufrido, cuanto he llorado... Ah!... ¿Por qué me abandonas? No eres tú mia, como yo soi tuyo? Te has convencido de que soi indigno de tí i que no puedes ama me?

—Cárlos, te amo, te adoro como nunca. Nó, no te abandoné como tú crees. Me despido de tí para volverte a ver pronto i no separarnos jamas.

—Nó, tú no me dejarás. ¿Te acuerdas de la última noche que pasamos juntos? Te pregunté si me amabas, i tú ¡ah! con esa voz pura suavísima, con esa voz de ángel, con esa voz pura que llega hasta el alma, me respondiste: te adoro! Elena, Elena mia, mis oídos te escuchaban, mi corazón te bendecia; pero mis labios permanecian mudos, si, mudos de amor i de felicidad. Pues bien! esa felicidad es el cielo. Yo no lo comprendo de otra manera ni tú puedes comprenderlo tampoco. ¿Por qué me dejas entónces para ir a buscarlo? Nó, yo no quiero que te vayas, tú no te irás.

—Los juicios de Dios, Cárlos, son incomprendibles i adorables. El lo dispone así: bendigamos su voluntad!..... Mira, este anillo lo llevo desde hace cuatro años: quiero colocarlo yo mismo en tus manos como un recuerdo de despedida.

Ahora, agregó, voi a manifestarte mi última voluntad ¡la cumplirás, no es verdad?

—Me lo preguntas!....

—El camino de la vida es largo i penoso. Yo quiero que tú no lo recorras solo. Antes de cumplir treinta años debes buscar una mujer a quien darle el título de esposa.

—Acércate un poco mas, balbució despues.

Sus ojos ya no ardian. Una lágrima parecia querer desprenderse de ellos. Estaba tan triste que cualquiera la habria tomado por la virjen de los recuerdos....

Senti que me llamaba con una voz dulce i cariñosa; oi que pronunciaba mi nombre con ternura i..... ¡ah! yo no podia responder!....

Me encontraba fuera de mí, mi voz se ahogaba en la garganta i no llegaba hasta ella. Apretó suavemente mi mano.

—Cárlos... Cárlos, murmuró, te amo... adios!

Clavó los ojos como si hubiera escuchado el sonido de alguna música celestial... su alma habia volado al cielo!....

Entónces... ah! entónces... yo no sé lo que senti.

Lancé un grito horrible, estridente, mortal i perdí el conocimiento.

—Muerta!... muerta!... Ricardo...

Cárlos habia pronunciado las últimas palabras con desesperacion. Su voz temblaba i a cada instante se veia obligado a detenerse para enjugar sus lágrimas, para respirar.

Ricardo que comprendia cuán dolorosos eran para su amigo esos tristicimos recuerdos i que veia el combate cruel que sostenia el amor i la enerjia de Cárlos.

—No quieras ocultar tu llanto, amigo mio, le dijo. La enerjia consiste en luchar contra las adversidades de la vida; pero no en aparear una insensibilidad imposible en una alma ardiente i elevada. Llorá, sí! Te encuentras al lado de un hombre que comprende tu dolor i que llora contigo.

—¡Oh Ricardo! exclamó el jóven. A los veintitres años me encontraba junto al cadáver de mi primer amor!....

Un profundo silencio siguió a estas palabras. Cárlos habia tenido razon, cuando momentos ántes interrumpió a Ricardo: «¡oh! el primer golpe asesina.»

¡Sí! I el primer golpe como el primer amor, no puede olvidarse nunca.

Ambos dejan una herida siempre abierta, manando siempre sangre, aquella sangre que sale del corazón para inundar los

ojos i que toma el nombre de lágrimas!

—Hai ciertos dolores en la vida, continuó Carlos conmovido, de los cuales no puede uno darse cuenta i a los que es imposible resignarse. Yo habria presenciado los últimos momentos de Elena, estaba ahí, la habia visto morir, la veía muerta, i todo me parecia un sueño, una pesadilla horrible i abría los ojos i movía la cabeza para despertar.

No quise abandonarle un instante. Permanecí arrodillado a sus piés las veinticuatro horas que duró la velacion, mudo, inmóvil, absorto. Todos respetaban mi dolor, i nadie se atrevió a interrumpirme.

MARIANO EGAÑA.

(Concluirá.)

A LA VIRJEN MARIA.

(INÉDITO.)

(Traduccion.)

Siempre, ¡oh Maria! fuiste aquí en la tierra
Del dolor triste presa. Ni un momento
La ilusion de los goces que ella encierra
Calmó tu cruel tormento.

Cuando en la edad estabas en que el mundo
A sus virjenes brinda dicha inmensa:
Cuando a sus ojos pintase fecundo
En gloria i recompensa,

De dolor i de angustia ¡ai! tú jemias
I elevando tus ojos hácia el cielo
Una plegaria humilde repetias
Por único consuelo.

¡Por qué jemar tan jóven? Tu inocencia
Ha manchado jamas el torpe vicio?
Ni a tu alma virjinal la penitencia
Exije un Dios propicio.

Mas un misterio Dios te revelara
De tristeza i horror... Razgó su mano
El velo que hasta entónces ocultara
Tu porvenir humano.

El Hijo del Altísimo a tu seno
No bajara; incompletos aun los dias
Tantas veces predichos, sobre el heno
Sufrir ya le veais.

I en el huerto postrado entre congojas
Le oías proferir ruego divino,
Que iba a mezclarse al ruido de las hojas
I el torrente vecino.

¡I cuántas veces a Jesus mirando
Oprimió a su alma dolorosa angustia
I huyó léjos el sueño, el sueño blando
De Ella doliente i mística!

Suplicios, sangre, destruccion i muerte
Halla do quiera que la vista jira,
I el término fatal de tan cruel suerte
La cruz en que El espira.

I le seguiste, oh Madre dolorosa,
Cuando el dia llegó del sacrificio,
A la cumbre del Gólgota afrentosa
Do fué su cruel suplicio.

Los rudos golpes i las mofas viles
Del rencor popular no satisfecho
Eran ¡ai! para ti hierros sutiles
Clavados en tu pecho.

¿Cómo pudiste reprimir el grito
De cólera i furor que al labio viene?
¿No implorar fuese el pueblo aquel maldito
Con maldicion perene?

Cual la tierra tembló, como de un velo
Negro cubierto el sol, cuando moria
El Hijo de David, el Rei del cielo,
Asi estaba Maria.

Cuando apénas veía él los objetos
E invisibles los ángeles bajaban
Para llevarle un triunfo, no completos
Sus mandatos estaban.

Fijando en tí su rostro ensangrentado
A Juan—«esa es tu madre»—i luego dijo
La faz volviendo hácia el alumno amado
—«Mira, oh mujer, a tu hijo.»

De aquéllos, que, agoviados de tristeza,
Un destino de mármol o de bronce
Hallaron lleno siempre de crudeza
Hizóte madre entónces.

I a su palabra fiel tú siempre has sido,
Nadie en vano invocó tu santo nombre,
Ante tu sacro altar no se ha vertido
Ni una lágrima inútil para el hombre!
Abril 29 de 1850.

PIO VARAS.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV.

Santiago, octubre 16 de 1870.

Núm. 159.

POETAS CONTEMPORÁNEOS DE ALEMANIA.

EL ARTE LIBRE.

«Que aquél que haya recibido el alto don de modular cantares, cante en la poética selva de Alemania. Da vida a el alma i dicha al corazon oír que cada rama del árbol tiene un son que le es propio.

«Nó, no, está entre nosotros a orgullosos nombres encadenado el arte lirico; esparcida está esa semilla por todos los ámbitos de la tierra alemana.

«Exhala valerosamente i con libertad los tiernos sentimientos en que rebosa el corazon; que tu amor mane de tus labios como manso arroyuelo i que tu cólera resuena como el trueno.

«Si no cantais todo el espacio de vuestras vidas, que sea a lo ménos miéntras la juventud; miéntras la época dura en que abren sus cálices las flores, i el ruisenior encanta al valle con sus trinos.

«Si no puedes acumular en un libro las inspiraciones que te legaron los instantes pasados, arroja una hoja suelta al viento, que la cojerá al pasar la juventud ardiente.

«Léjos de nosotros las artes misteriosas de la alquimia i de la nigromancia; la fórmula no nos tiene cautivos entre sus rejias: nuestro arte se llama poesia.

«Tributamos al jenio un culto relijioso; pero los nombres no valen para nosotros mas que el humo: honramos a los maestros; pero nuestro arte es libre.

«No en las frias sepulturas de mármol, ni en los sombríos templos levantados a la memoria de los muertos, sino en los frescos bosques de encina respira i tiene su morada i asiento el Dios de la Alemania.»

Traduciremos en seguida algunas composiciones en que el poeta se inspira principalmente en la naturaleza.

LAS RUINAS.

Duerme bajo esas ruinas, viajero, de los siglos
Que aun brillan con el lustre de un fúljido
(esplendor;
I acaso si dormirte bajo su sombra puedes
En sueños, con sus frisos i blancos capiteles,
Alzarlas há cual fueron tu jenio creador.

EN MAYO.

Como la luz, las flores
Brillando están,
I verde aureola ciñe
Con vivos resplandores
Al árbol secular.

De negras nubes, cielo,
Cúbrete ya:
Guarda tu luz que tiene
Hoi luz sobrada el suelo:
De mas la tuya está.

A UN POETA MUERTO DE HAMBRE.

¡Así lo quiso la suerte!
Entre cuidados viviste,
I entre cuidados ¡oh poeta!
Tambien te cojió la muerte.
La bruja que allá en la cuna
Tu porvenir anunció
De sobra a entender lo dió
Cuando quiso destinar
Tu boca imprudentemente
Para cantar solamente,
I solo para cantar!
Murió tu madre i quedaste
Huérfano i en desamparo;
Lo que fué casi avisarte
Que en esta prosaica tierra
Nunca hallarias amparo.
Puso el mundo sus tesoros
Su opulencia i su grandeza
A tu vista; mas tan solo
Debias ver su belleza
Desde léjos, i cantarla
Despues en tu laud sonoro;
¡Pero no de cuerdas de oro!
Te daba la primavera
Contento, fuerzas i vida

Frescas aguas al monte a buscar.
La temible escopeta resuena:
Ya la presa cojida estará.

La cuenta ya hemos perdido
Del vino etc.

Allá están la tormenta i las olas
Que se chocan con bárbaro afan;
Los peñascos de espuma se visten
Miéntras frágil entena resiste
Valerosa al tremendo huracan.
¡Lucha...llama...se pierde...sucumbe...!
Huerfanitos i viudas ¡llorad!
La cuenta ya hemos perdido
Del vino etc.

Alli vense ardorosos campeones
Con sus lanzas entrarse a la lid:
Los contrarios rabiosos se encuentran
I al pisar los corceles las piedras
Vénse chispas brillantes lucir:
Silba el plomo i las balas mortíferas
Van los pechos valientes a herir.
La cuenta ya hemos perdido
Del vino etc.

¡No sentis cómo suena en los aires
La trompeta del juicio de Dios?
Ved cual se alzan los muertos lijeros
Para oír en el día postrero
Del gran Juez la terrífica voz.
Se abre el cielo i con palma los ángeles
Cantan: ¡Gloria sin fin al Señor!
La cuenta ya hemos perdido
Del vino etc.

A la postre i despues de la caza,
I las bravas tormentas del mar,
I despues de las luchas sangrientas,
I despues de la trompa tremenda,
Precursora del juicio final,
En el vino i los cantos pensemos
I en las copas henchidas topar.
La cuenta ya hemos perdido
Del vino etc.

Estas estrofas son a nuestro juicio un modelo de los cantos báquicos tales como los comprenden i cantan los alemanes. Todas las ideas i sentimientos que hacen latir el corazón del hombre, entran en esta especie de composiciones; vénse en ellas esa inquietud eterna a que estamos entregados miéntras vivimos, ese ardiente deseo por llegar a una patria mejor, simbolizado entre los poetas alemanes por sus sagradas i seculares selvas, i finalmente esa inclina-

cion invencible hácia todos lo desconocido, lo tétrico i lo ideal. Los alemanes han dado así a sus canciones báquicas un carácter elevado que no han querido o logrado darle los franceses. Consideran el vino como un medio de exaltar las nobles facultades del alma. En este mismo sentido escribió el jóven poeta M. Laprade este delicado i hermoso verso sobre el vino:
«Buvons-le chastement comme le sang d'un Dieu.»

Demos ahora una muestra de la balada o canción relijiosa de Uhland.

LA MONJA.

Pálida como el mármol i tranquila
Cual la conciencia limpia, silenciosa,
Del monasterio por la huerta umbrosa
Paséase una monja: su pupila
Lágrima dulce i misteriosa empañá
Que despues rueda i sus mejillas baña.

«¡Oh dulce amado i prometido esposo,
Muerto en la aurora de tu edad primera!
¿Con qué aun me atrevo i criminal me gozo
En recordar tu imájen hechicera?
Anjel del cielo, a quien mi labio invoca,
¡Aun oso amarte irreverente i loca!»

Así diciendo ante la imájen bella
De una Virjen detúvose su pié,
I de María, en la jentil dnoella,
Una mirada, a detenerse fué,
Con pura luz su rostro iluminando
I de estrellas su frente coronando.

Alli se pone la infeliz de hinojos
Callada i triste, i a la imájen santa
Piadosa alzando los azules ojos
Su alma con ellos hácia Dios levanta....
¡Murió! i cayendo de su frente el velo,
Cerró los ojos i volóse al cielo!

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará.)

EL CONSUELO DE LOS QUE SUFREN.

(Conclusion.)

I estaba resuelto a impedir que la enteraran i tengo la conviccion de que si hu-

hiera visto el féretro que destinaban a su cadáver, lo habría hecho pedazos en mi desesperación.

Ah! Pero me sucedió una cosa tan providencial, que después no he podido explicármelo sino como un milagro operado por ese ángel.

Me vino una especie de enajenación mental, una especie de delirio o de ensueño.

Talvez la fatiga, el dolor o las exigencias de la naturaleza me sumieron en un adormecimiento incomprensible.

Ignoro si cerré los ojos, pero sí recuerdo que nada vi, nada oí de lo que pasó en aquella habitación.

Me pareció que la veía vestida de blanco, hermosa como la esperanza i melancólica como el recuerdo. Una música que semejaba una orquesta de los ángeles elevaba mi espíritu hasta Dios. Elena estaba en medio de un hermoso grupo de vírgenes tan puras como ella, que entonaban un cántico impregnado de armonía i de ternura. Su voz mas argentina i suave que las otras sobresalía entre todas. Yo percibía distintamente estas palabras:

Los ángeles me invitan
A su mansion feliz
Ah! vente dueño mio,
Vente conmigo aquí!

El hermoso grupo comenzó a alejarse ligero, mui ligero. A medida que iba alejándose la tristeza i el hastío se apoderaban de mi pobre corazón i el grupo avanzaba sin cuidarse de nada. Pronto Elena se había perdido de vista... ya no era mas que un recuerdo... yo le había dado el último adiós!...

Cuando volví en mí, abrí los ojos... la habitación estaba vacía!...

Entonces me dió un vértigo. Me diriji como un loco a la pieza que ocupaba la señora i que estaba como yo, deshecha en lágrimas.

—Ah! le grité, han robado a su hija i usted en vez de impedirlo, no sabe mas que llorar! Miserable! Si Elena no vuelve, usted me responde con su vida!...

Me iba a precipitar sobre ella, cuando apareció en la habitación el anciano i venerable jesuita que acompañó a Elena en sus últimos momentos.

—Hijo mio, me dijo sujetándome con dulzura, respeta el dolor de una madre. Elena, peregrina en este mundo, ha vuel-

to a su celestial mansion. En nombre de ese ángel, en nombre de sus últimas palabras, en nombre del amor que en vida los unió, yo exijo de usted que me permita acompañarlo hasta su casa.

La voz solemne del sacerdote me produjo un efecto extraño. Sin fuerza para resistir, me dejé llevar por él. Me condujo a una habitación i me hizo acostar.

La fiebre que me devoraba me sumió pronto en un letargo profundo. Dos dias permaneci en cama.

Cuando me levanté, mi espíritu estaba un poco mas tranquilo. Pude entonces meditar en mi horrible situación, i no comprendiendo ya la vida tuve, como la has tenido tú, la idea de suicidarme.

A las 9 de la noche me puse a escribir una carta a mi hermana.

—«Hermana mia, le decia, cuando recibas esta carta, tu desgraciado hermano habrá muerto.

«Tú sabes cuanto amaba a Elena. Sabes que le adoraba con delirio, que no concebía la felicidad fuera de ella, que mi alma le pertenecía, que ni aun arrancándome el corazón podría borrar su imájen: le debo tanto bien, tan completa felicidad!

«Ella me abandonó... i así... sin ella me asesina hasta el aire que respiro!...

«Sé que derramarás muchas lágrimas al saber esta noticia... perdóname, hermana mia, yo no puedo resistir al dolor... i sucumbo!...»

Habia concluido esta carta. Mi revólver estaba preparado sobre la mesa. Fui a tomarlo cuando sentí una mano sobre mis hombros i oí una voz que me dijo estas palabras:

—Hijo mio. Elena me envía para consolarte o infundirte valor!

Era el anciano sacerdote que, en efecto, parecia enviado ahí por la mano de Dios mismo.

Su presencia, su voz, sus palabras el dulcísimo nombre de hijo que acababa de darme, todo me avergonzó i yo que sonreía a la vista de la muerte, palidecí en presencia de aquel anciano.

—Consuelo! valor! repetí. Anciano, vos no habeis amado nunca i por eso imagináis que cabe consuelo en mi dolor.

—Hijo mio, replicó el venerable jesuita, tu comienzas a vivir i ya has aprendido a conocer la desgracia i crees que yo, que tengo tres veces tu edad no la comprendas

Mira i cada uno talvez de mis cabellos blancos representa una lágrima vertida i otra lágrima enjugada. En mi larga vida he podido consolar mas de una vez dolores tan profundos como el tuyo i es que Dios que nos ha dado una mision de paz i de consuelo, guia nuestros pasos, alumbraba nuestra intelijencia i nos ausilia en nuestra obra. Confia en él, hijo mio, i él devolverá la paz a tu corazon i la tranquilidad a tu alma.

—Ah! Yo necesito morir porque necesito verla!

—Conozco que el estado de tu ánimo, hijo mio, no te permite oír largas reflexiones. Me limitaré solo a hacerte una pregunta: no consideras tú como una felicidad incomparable, vivir eternamente al lado de Elena, gozando sin inquietudes ni temores de todas las inefables delicias de su amor?

—Es la única felicidad posible, es la felicidad suprema!

—Pues bien! Qué méritos has contraído tu para hacerte acreedor a una felicidad como ésta? Has aliviado las desgracias de tus hermanos? has practicado la caridad, has tenido fé? Nó! La felicidad a que tú aspiras no puede darse sino en premio de una vida entera consagrada al bien i a la virtud.

—Pero vivir lejos de Elena!...

—Estas separado de ella; pero esta separacion no será larga. Nuestra vida es un soplo, es un suspiro, es una nada. Despues viene la eternidad, la eternidad feliz o desgraciada pero inevitable. Si tú aguardas tranquilo i resignado el dia en que Dios se sirva poner término a tu dolor, verás a Elena i serás eternamente venturoso; pues si pretendes acortar la distancia que te separa de ella no harás otra cosa que poner un abismo entre los dos, un abismo infinito que nadie podrá salvar jamás.

Las palabras inspiradas i elocuentes del anciano caian como gotas de rocío sobre mi alma i la devolvian si no la paz al menos la resignacion.

—I bien, pregunté despues de un momento de silencio ¿qué debo hacer para alcanzar el bien a que aspiro?

—Amar a Dios sobre todas las cosas i a tu prójimo como a ti mismo, me contestó. A este solo precepto se reduce el Evanje-

lio; ese código sublime de amor i de bondad escrito por la mano de Dios mismo i que encierra un alivio para todos los dolores, un consuelo para todas las desgracias.

—Yo no tengo valor para vivir!...

—Dios te lo envidiará, hijo mio. Vente conmigo i en el silencio i soledad de nuestra casa, hallarás un bálsamo para tus heridas.

Mañana comienzan unos ejercicios espirituales que se dan con frecuencia para jóvenes como tú. Esta vez asistirán diez i nueve: tu serás el vijésimo.

—Haced de mí lo que gustéis, dije al sacerdote, sintiéndome ya sin fuerzas i sin voluntad para cuestionar.

En efecto, pasé allí los nueve dias que duraron los ejercicios.

Oh! Jamás hubiera creído que la religion católica tenia un tesoro tan inagotable de consuelos.

Allí, en esa santa casa, oyendo la palabra inspirada de austeros i sabios relijiosos, elevando continuamente mi espíritu a Dios, alejado del mundo, ocupado solo del alma, encontré la resignacion hija de la fé. Comprendí que mi dolor irreparable, inmenso, no podía enconstrar lenitivo sino en algo infinito i eterno.

Allí aprendí a conocer esas dos virtudes que son el fundamento de las demas: la caridad i la humildad, esa virtud tan rara en el mundo i sin la cual la caridad no puede existir en toda su espléndida hermosura.

Abandoné aquel recinto con un sentimiento profundo. Me parecia que al alejarme de allí, me alejaba tambien del alma de Elena.

Llevaba la firme resolucion de enjugar todas las lágrimas que viera derramar i de procurar un alivio a todos los dolores que pudiera mitigar.

El bullicio de la ciudad me desagradaba hasta parecerme insoportable. No concebía como el mundo podia continuar su acostumbrada marcha, sin detenerse ante el espectáculo de una alma desierta de ilusiones i de un corazon agostado por el dolor.

Me retiré al campo i en esa amable soledad i dulce paz, mi espíritu pudo entregarse con mas desahogo a la contemplacion. Al levantarse i al ponerse el sol me dirigia a un pequeño cerro próximo al fundo en que vivia i en cuya cúspide habia

una cruz plantada por la ferviente caridad de un misionero, i allí, bajo el cielo i en medio del espacio, pedia al Señor la gloria para Elena i la paz para mi alma.

Cuatro años pasé de esta manera: ni envidioso, ni envidiado.

Conoci entónces a Luisa, ese ángel de bondad i de sencillez, i sentí hácia ella un afecto suave i tranquilo. No la amaba: no cabía en mi corazón otro amor que el de Elena; pero me inspiró una especie de amistad, algo como ese cariño de hermano.

Pero yo tenía para ella un atractivo poderoso: esa tristeza romántica que nunca me abandonaba, i la circunstancia de ser talvez el primer jóven de alguna educación que ella conoció.

No me fué difícil comprender que Luisa sentía por mí un amor sincero i profundo.

Yo había prometido a Elena en sus últimos momentos, aunque por cierto sin saber lo que prometía, tomar una compañera para recorrer el camino de la vida. Por otra parte, sabía que aquella niña sería desgraciada viéndome insensible i frío a sus amores.

Estas fueron las causas de mi matrimonio.

Luisa fué feliz durante los dos años que vivimos juntos. Yo la apreciaba demasiado para omitir todas aquellas demostraciones de cariño que tanto la halagaban i procuré hacerla agradable mi compañía. Murió al dar a luz a mi querida Elenita. Su muerte fué un golpe bien cruel para mí que veía en ella un ángel de bondad.

Todo mi afecto se reconcentró entónces en aquella creatura débil que Dios me había enviado i que reunía los recuerdos de la mujer que tanto amé, ligados a los de aquella a quien debía el ser.

Dios ha colocado en el corazón humano un tesoro infinito de un amor puro i elevado que permanece oculto para el hombre hasta el día en que aparece ese ser pequeño i frágil a quien damos el dulcísimo nombre de hijo.

Yo derramé con profusión ese tesoro i Elenita fué el dulce objeto de mis mas solícitos cuidados.

Dios sin embargo, que nos da i nos quita con una sabiduría impenetrable todos los bienes de este mundo, me arrebató aquel pedazo de mis entrañas. Amante vime se-

parado de mi amada; esposo, de mi esposa; padre, de mi hija.

Estaba resuelto en los altos juicios de Dios: yo no debía amar con particular afecto a nadie en el mundo i el amor al prójimo era el único que debía ocupar mi corazón.

Desde aquel día terrible de prueba i de martirio, no he tenido otro consuelo que el que ahora te doi con todo el afecto de una amistad sincera: amar a Dios sobre todas las cosas i a nuestro prójimo como a nosotros mismos.....

.....

Cárlos había terminado. Un doloroso suspiro, arrancado por tan tristes recuerdos, manifestaba a Ricardo que su jóven i desgraciado amigo había apurado la copa del dolor.

La luz del nuevo día alumbraba ya el aposento.

Después de una noche tempestuosa i cruda, el sol aparecía brillante i espléndido.

Tal es la vida! Al dolor sigue amenudo la esperanza.

¡Ai de aquellos que viven en eterna tempestad!

MARIANO EGAÑA.

LA ROSA.

De las flores del prado
La rosa es la mas bella;
Lirios, claveles, todas
La aclaman por su reina

El mas preciado aroma
Bebe el aura en ella
I en su torno murmura
Dulce, plácida i fresca

La linda mariposa
Inconstante i lijera
Prendada de la rosa
Entre sus ramas vuela.

La gota de rocío
Como brillante perla